



Germán Arciniegas: América como utopía

Consuelo Triviño

Instituto Cervantes

Sólo si un ser como utopía (y en consecuencia, la forma de realidad aún no apurada de lo logrado) aprehendiera el contenido del ímpetu del ahora y aquí, se insertaría totalmente en el ser logrando de la realidad la dimensión fundamental de este ímpetu, es decir, la esperanza.⁽¹⁰⁴⁴⁾

Estas palabras de Bloch bien pueden hacernos reflexionar sobre el acontecer histórico en Hispanoamérica y sus intentos por establecer la democracia, en su afán por concretar ese proyecto modernizador que con tanta desesperación persiguió la generación de fin de siglo. Y es que la historia del Nuevo Mundo está marcada por la tensión entre aspiraciones y realidad, como si el pensamiento no consiguiese apropiarse el objeto de los sueños. Pero es, precisamente, de esa tensión vital de donde brotan los mejores frutos de esa entidad que busca en la escritura una posibilidad de ser, la concreción de un ideal político y humano, que en la dimensión de lo real es un espejismo.

Qué duda cabe que América fue concebida desde su descubrimiento como el espacio feliz donde eran posibles las utopías del pensamiento occidental, como bien lo ha expresado Fernando Ainsa en *Los buscadores de la utopía*: «Desde su mismo descubrimiento, el espacio americano ha sido identificado con una suerte de continente que encierra en algún punto, la encarnación terrestre de aquel Paraíso de los orígenes de donde fuera expulsado el primer

hombre. Sucesivas Crónicas, muchas Utopías han tenido por escenario «objetivo» del Paraíso un rincón identificado o no de la tierra latinoamericana»⁽¹⁰⁴⁵⁾.

Esta concepción de América como utopía ha encontrado en el ensayo una corriente de pensamiento inspirada en el humanismo renacentista de Garcilaso de la Vega, quien, [616] como sabemos, encomendaba al poeta la tarea de alcanzar la verdad histórica. Bordeando siempre las fronteras de lo literario estos ensayistas han fijado los rasgos de un continente que oscila entre Calibán y Ariel, figuras míticas a partir de las cuales se vertebra el discurso sobre América y los americanos, bien sea exaltando los ideales clásicos, bien sea cuestionado la universalidad de la cultura occidental o haciendo una defensa de lo salvaje.

En Colombia, particularmente tenemos dos notables ejemplos en Baldomero Sanín Cano y en Germán Arciniegas, personajes que atraviesan su siglo, pasando por encima de las tendencias y de las modas. El primero fue un vanguardista *avant la lettre* que disfrutó cuestionando los conceptos y desmontando con humor las falsas oposiciones, defendiendo el panamericanismo bolivariano, liderando movimientos, difundiendo las culturas europeas y no europeas, revisando la herencia hispánica, en una actitud dialogante que hoy todavía nos sorprende por la agudeza de sus planteamientos y por esa capacidad de mostrar siempre el revés de las cosas, en ensayos memorables como «El descubrimiento de América y la higiene» o «Bajo el signo de Marte».

Germán Arciniegas, en cambio, ha querido llamar nuestra atención sobre las peculiaridades y la originalidad de un espacio que nos muestra desde el asombro, como si entrara en la piel de los primeros cronistas, tratando de transmitirnos la emoción de sus hallazgos, sus penurias, sus sueños de grandeza y su desconcierto frente a un mundo que no pueden abarcar desde los parámetros europeos.

Así, en *El caballero de El Dorado* nos ofrece una biografía de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, y de su quimérica búsqueda de El Dorado, hasta llegar a la Sabana donde decidió quedarse, según Arciniegas, cautivado por el clima y la tranquilidad de la meseta y de sus habitantes: «Después de todo esta tierra que con niveles tan suaves, con planadas tan quietas, con tan anchos horizontes, les sirve de remate a los Andes, es como un milagro que invita al trabajo y a la paz. El indio que ha clavado en tierra las varas del bohío, que se sienta en las tardes a amasar el barro, que busca distraído conejos en la maleza, no siente el afán de la lucha. Mira que son innumerables los caminos que parten de su rancho en todas las direcciones de la rosa de los vientos, y a veces los sigue para ir a la feria o a cualquier trueque con los vecinos»⁽¹⁰⁴⁶⁾.

Desde su lectura de las Crónicas, Arciniegas apunta siempre al aspecto humano de toda empresa, al margen de las motivaciones políticas e ideológicas, desarrollando la tesis de una América como posibilidad⁽¹⁰⁴⁷⁾, como ensayo, como realidad en proceso formativo. Así en una larga lista de títulos ha reflexionado sobre el hecho americano desde su génesis, su historia, sus gentes, hasta sus peculiaridades y diferencia con respecto a Europa, subrayando su pluralidad y polemizando con los que la dejaron fuera de la historia o cuestionaron la universalidad de sus creaciones.

Para Arciniegas, América es un proyecto, algo que debe llevarse a cabo, un experimento, un ensayo, la esperanza del pensamiento occidental que proyectó en otra geografía sus sueños, su deseo de perfección, como bien lo ha planteado Beatriz Fernández Herrero en su trabajo sobre las reducciones jesuíticas del Paraguay: «Así, desde el punto [617] de vista de la utopía, el hallazgo del Nuevo Mundo fue, como hecho en sí, geográficamente, un descubrimiento, en el sentido de encontrar un continente y de mostrarlo personificado en los antiguos mitos (El Dorado, Jauja, etc.), y de buscar la utopía en la tierra recién hallada explotando su oro y sus riquezas. Pero como interpretación de este hecho, América fue inventada, ontológicamente inventada, ya que en ella se pretendió crear un nuevo mundo, proyectando allí los ideales utópicos del occidente y su naciente modernidad»⁽¹⁰⁴⁸⁾.

Efectivamente, América fue para el pensamiento renacentista no sólo el espacio de la utopía, sino además un laboratorio en el que se han ensayado todo tipo de experimentos políticos, desde las reducciones jesuíticas del Paraguay, pasando por la instauración del sistema republicano, tras la independencia, hasta llegar al persistente empeño de las últimas décadas por establecer el sistema democrático y acabar con las dictaduras.

Pero estos intentos transformadores también han sido desafortunados en la medida en que han querido importar modelos foráneos, circunstancia que no han pasado por alto muchos intelectuales, desde Bello hasta Arciniegas y que Leopoldo Zea resume muy bien en su lectura de *Ariel*: «América no es Europa, la América latina no es la América sajona, por ello fracasaron todos los intentos por ser otros diferentes a sí mismos. La barbarie está en querer ser como otro, la civilización está en ser uno mismo y construir a partir de este ser»⁽¹⁰⁴⁹⁾ La idea no es nueva ya que había sido planteada primero por Bolívar y luego por Martí en ese ensayo *Nuestra América* que inspiró una corriente americanista en defensa de valores como la libertad y la justicia -pero sobre todo la originalidad-. Esta defensa de la libertad y de la justicia puede apoyarse en un utopismo social abstracto al estilo de Saint-Simon, como los radicales colombianos a mediados del XIX; o en el liberalismo burgués, como los fundadores del APRA; o en el Marxismo, como Mariátegui.

Y es que el liberalismo del siglo XIX concibió la utopía americana de la libertad y la justicia, pero, como sugiere Sanín Cano, refiriéndose a los radicales colombianos, sin tener en cuenta las «realidades prácticas de la vida». Esta circunstancia, según él, explicaba el fracaso de su política. Germán Arciniegas defiende desde el liberalismo los principios del APRA donde ve la solución a los problemas del Continente, manteniéndose fiel a ese ideario desde los años veinte cuando participó en la reforma universitaria de su país. Pero sin cuestionar los vicios de las oligarquías, indiferentes a las necesidades de las mayorías.

Su primer libro, *El estudiante de la mesa redonda*, fue publicado en 1932 cuando estallaba la guerra del Chaco que enfrentó a Paraguay y a Bolivia, por un choque de intereses económicos entre dos compañías petroleras: la *Standard Oil Co.* Y la *Royal Dutch Shell*; Uruguay rompía relaciones con Argentina; Chile vivía un periodo de inestabilidad entre golpes de Estado y gobiernos que se proclamaban socialistas; en Perú eran reprimidos los comunistas y los apristas y encarcelado Víctor Raúl Haya de la Torre, mientras ocurría el conato de guerra con Colombia; al mismo tiempo, los políticos venezolanos Rómulo Betancourt y Raúl Leoni se exiliaban en Colombia fundando la «Agrupación [618] Revolucionaria de Izquierda» ARDI; en tanto que en El Salvador eran masacrados 3.000 campesinos y asesinado el líder Farabundo Martí.

A estos acontecimientos sociales y políticos hay que sumar el impacto de las vanguardias artísticas y el clima de renovación, negación y contradicción, generalizados en el mundo. Hispanoamérica vivía bajo el influjo de dos sentimientos: desencanto, frente a un proyecto de modernización, iniciado a mediados del siglo XIX y que ya a principios del XX parecía haber fracasado, y entusiasmo, debido en parte a esa corriente utópica conocida como «mundonovismo» que proyectaba en América la alegoría de la libertad imposible en el «viejo mundo».

En la narrativa vemos cómo esta idea se desarrolló en dos vertientes: una convirtió el paisaje en protagonista de sus ficciones, al tiempo que exponía su tesis de que el reto civilizador consistía en domar esa naturaleza salvaje, con exponentes de la dimensión de Gallegos, que ve en el paisaje un obstáculo para llevar a cabo un proyecto civilizador. Otra corriente descubrió la magia de su paisaje y de su historia, desarrollando la teoría de lo «real maravilloso» con novelistas y ensayistas de la dimensión de Carpentier y que encuentra en el paisaje infinidad de evocaciones míticas.

Bajo el influjo de esas vanguardias políticas y literarias, el ensayista hispanoamericano fue trazando los rasgos de la realidad americana, cerrando el ciclo idealista del «ariélismo» y explicando sus conflictos desde las nuevas corrientes: Mariátegui desde un Marxismo con un matiz italiano -Croce, Sorel,

Gramsci-; Haya de la Torre desde la dialéctica hegeliana con las teorías de la relatividad; y Martínez Estrada desde Spengler pasando por el existencialismo.

Los intelectuales de las primeras décadas del siglo XX revisaron la historia, remontándose a la Colonia donde encontraron la raíz de muchos de los males: la dependencia, la hegemonía de las metrópolis sobre las regiones, la marginación del indígena y del campesino, el caciquismo, la ausencia de una voluntad política capaz de poner todos los recursos a su alcance para una mayor justicia social. Y son precisamente estos obstáculos los que impiden aprehender ese ímpetu del ahora para jalonar un proyecto de futuro desde la esperanza.

Arciniegas volcó en la escritura, como su maestro Sanín Cano, su capacidad de comprender y explicar la realidad, así como su deseo de transformación, llevando a cabo acciones concretas: liderando movimientos, fundando partidos, asociaciones, editoriales y revistas de diferentes tendencias, diseñando proyectos de carácter internacional y desplazándose por diferentes lugares de Europa y América, defendiendo, la unidad de América y denunciando las dictaduras en un libro que le costó el exilio: *Entre la libertad y el miedo* (1952). Entonces eran ocho los dictadores que atentaban contra la libertad en Hispanoamérica: Batista, Somoza, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Perón, Trujillo, Stroesner, Hernández Martínez y Carías. El libro es una crónica fundamental para comprender la tragedia hispanoamericana en sus intentos por instaurar la democracia. Los dictadores aparecían como los protagonistas de los más grandes atropellos y Arciniegas denunciaba la carencia de las instituciones democráticas y de los más elementales derechos civiles. En el capítulo «Cómo se destruye una democracia: Colombia», Arciniegas revisa los orígenes de la democracia desde las disputas entre Bolívar y Santander, hasta la violencia desencadenada el 9 de abril de 1948, responsabilizando del caos a «un grupo revolucionario» que se toma las emisoras incitando al pueblo al saqueo. [619]

Por polémicas que resulten sus afirmaciones su posición es la de un intelectual comprometido que desde sus ideas políticas defiende unos principios en los que cree y a través de los cuales es posible la transformación de su realidad. Estos principios son, como se ha dicho, los del APRA, cuyo programa se resume según Joaquín Roy en estos puntos: 1) acción contra el imperialismo norteamericano, luego ampliado a todo imperialismo; 2) la unidad de América Latina; 3) la nacionalización de las principales riquezas y tierras; 4) internacionalización del Canal de Panamá, es decir, panamericanización; 5) solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo⁽¹⁰⁵⁰⁾.

Mariátegui es uno de los críticos más radicales de esos principios que desde el marxismo encontraba inservibles para resolver los problemas sociales y políticos, pues para la izquierda hispanoamericana el aprismo, estatalista-populista, alimentaba el afán civilista de la burguesía y los grupos financieros extranjeros con democracias capitalistas-demagógicas⁽¹⁰⁵¹⁾.

Ésta es una de las razones por las cuales el liberalismo de ensayistas como Arciniegas no tuvo ninguna aceptación entre los intelectuales comprometidos de izquierda de los 60 y los 70, quienes denunciaron su ideología pequeño-burguesa, ya que él nunca se enfrentó a la oficialidad, sino más bien colaboró con sus posturas desde el periódico *El Tiempo*, máximo órgano de difusión de la oligarquía. Debido a tales circunstancias, la obra de Arciniegas no contó con una estrategia crítica que la acogiera entre los círculos intelectuales donde el compromiso se medía por la adhesión o rechazo a la revolución cubana. Sólo hasta los ochenta se le reconoce entre los historiadores de su país⁽¹⁰⁵²⁾, pero dentro de una intelectualidad oficial que no entra en conflicto con su orientación política y que admira, ante todo, su irreverencia y capacidad para mostrar el revés de la historia.

En una entrevista con Cobo Borda, Arciniegas define su posición frente a los acontecimientos de aquella época: «Nuestra generación, de los Nuevos, bajo el influjo de Ariel de José Enrique Rodó y en contra de la política expansionista de Teodoro Roosevelt, fue una generación que bregó y luchó mucho por la unidad latinoamericana. Por el conocimiento de lo nuestro. Eso está presente en todos mis libros y en todas mis revistas»⁽¹⁰⁵³⁾.

Al margen de los reproches que se le hicieron por su actitud frente a los hechos del 9 de abril del 1948⁽¹⁰⁵⁴⁾, lo que quisiera subrayar es la íntima relación entre ser y escritura, que podemos apreciar en su obra desde *El estudiante de la mesa redonda* (Madrid 1932) donde quiere convencernos de que sin los estudiantes no hubieran sido posibles las grandes transformaciones de la historia. Y es que él mismo se ve como un estudiante de 98 años, indisciplinado e irreverente. [620]

Esa fusión de vida y literatura que caracteriza a la totalidad de sus libros ha aportando al ensayo una particular manera de entender la historia, que no explica a partir de los documentos, sujetos siempre a manipulaciones, sino desde la mentalidad de una época. Lo que él trata de explicar son los hechos americanos impregnados del asombro y de la fantasía.

La vigencia de Arciniegas está, pues, en la orientación de su mirada, en su forma de «decir» que es también un «hacer» cuya intención no es otra que enseñarnos a ver otra cara de la historia. Como ensayista, su mérito está en descubrir la magia de los acontecimientos históricos que hicieron posibles el hecho americano, desde su concepción hasta su realización -aún en proceso.

Desde *El estudiante de la mesa redonda*⁽¹⁰⁵⁵⁾ ha polemizado con los europeos, como Hegel y Papini, cuestionando sus teorías sobre América y los americanos, enfrentando a sus razonamientos la magia y la poesía de un continente que rechaza todas las clasificaciones, defendiendo la diferencia frente a las tesis sobre la inferioridad de estos pueblos y desdramatizando los hechos de la conquista con altas dosis de humorismo.

Teórico y maestro del género, Arciniegas fija en el ensayo los rasgos de lo americano en una obra que abarca más de cincuenta títulos en los que cabe de todo: la historia, los seres humanos, la naturaleza, la poesía, las costumbres, la magia, etc. En *América tierra firme*⁽¹⁰⁵⁶⁾ es evidente su apropiación del modelo de Montaigne tanto en la estructura del texto como en los recursos que utiliza para persuadir al lector.

El clima de las vanguardias europeas es desde luego favorable a un género que aportó, entre otras cosas, un nuevo concepto del ser humano. El descubrimiento del inconsciente por parte de Freud y la concepción marxista de la historia introdujeron cambios fundamentales en el tratamiento de los temas sociales. Si el positivismo estableció una relación directa entre el ser humano y el medio ambiente en el que se desarrolla, el psicoanálisis y el marxismo ofrecieron nuevos elementos para explicar el devenir de los pueblos desde un inconsciente colectivo. En Arciniegas el concepto de ser humano como posibilidad, que comparte con Leopoldo Zea, se materializa en una gramática donde abundan perífrasis como *poder ser, llegar a ser, va a ser*, con las que quiere expresar ese ideal al que le asigna un lugar en el futuro.

No cabe duda de que esa búsqueda de una forma de expresión está íntimamente unida a una voluntad de ser que se aprecia claramente en la obra de Arciniegas. En un artículo publicado en 1992 éste confirma la idea de un ser americano en proceso formativo: «El hombre americano en último término va a ser una creación civil de convivencia que al cabo de cinco siglos, reduzca al bárbaro de Europa y al salvaje de lo que se llamó las Indias Occidentales, a convivir»⁽¹⁰⁵⁷⁾.

Muchas islas ha soñado la humanidad en su búsqueda del Paraíso Terrenal, la de San Brandán, la de las Siete ciudades o La Antillia, entre otras. Entre estas algunas se han inspirado en América como la *Utopía* de Moro, *La Ciudad del Sol* de Campanella o la [621] *Nueva Atlántida* de Bacon, y hasta Cervantes soñó para Sancho la Ínsula de Barataria donde pudo dar ejemplo de sensatez y buen gobierno. Y es que el pensamiento utópico, aunque tiene su correlato en las condiciones materiales y sociales sucede en la conciencia y está arraigado en los sueños de la primera infancia. El peligro que corren los soñadores de utopías es el de conformarse con soñar, satisfaciendo en la fantasía, lo que debieran satisfacer mediante el pensamiento concreto que pasa del desear y el pensar a concretarse en un hacer. Se trataría entonces de

construir el paraíso de la libertad y de la justicia en el aquí y el ahora,
haciendo realidad el sueño de los fundadores. [622] [623]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

